

ISSN: 0514-7336

DOI: <http://dx.doi.org/10.14201/zephyrus2015767798>

PEBETEROS EN LA COSTA. SANTUARIOS, PEREGRINACIONES Y RITUALES EN LA CONTESTANIA IBÉRICA (SS. III-II A. C.)

Thymiateria on the coast. Shrines, pilgrimages and rituals in Iberian Contestania (3rd-2nd centuries BC)

Jorge GARCÍA CARDIEL

*Dpto. de Historia Antigua. Facultad de Geografía e Historia-UCM. C/ Profesor Aranguren, s/n. 28040 Madrid.
Correo-e: jgarciacardiel@ucm.es*

Recepción: 2/07/2015; Revisión: 6/07/2015; Aceptación: 4/09/2015

BIBLID [0514-7336 (2015) LXXVI, julio-diciembre; 77-98]

RESUMEN: En este artículo se estudian tres yacimientos de interpretación compleja situados en la costa alicantina y datables en el período ibérico tardío o iberorromano: el sector del ‘santuario’ del Tossal de la Cala (Benidorm), el Castillo de Guardamar (Guardamar del Segura) y la fase más antigua de La Malladeta (La Vila Joiosa). La información fragmentaria que de los mismos disponemos es analizada tomando en cuenta consideraciones provenientes de la Arqueología del Paisaje, la Teoría Postcolonial, la Teoría Social y la Antropología. Se propone que los tres funcionarían como santuarios costeros suburbanos entre los ss. III y II a. C., documentándose en ellos similares rituales tales como la amortización de vajilla de mesa y ánforas y la ofrenda de pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina. Se concluye que estos espacios privilegiarían la cohesión identitaria de la comunidad y su reivindicación del territorio, algo fundamental en el convulso contexto de la ocupación púnica y la posterior provincialización romana.

Palabras clave: Terracotas; hibridación; íberos; II Edad del Hierro; romerías.

ABSTRACT: This paper aims to study three sites of complex interpretation located along the Alicante coast and dated back to the late Iberian period (also known as ‘Ibero-Roman period’): the “shrine” area of Tossal de la Cala (Benidorm), Castillo de Guardamar (Guardamar del Segura), and the most ancient phase of La Malladeta (La Vila Joiosa). Available fragmentary data are treated from the point of view of some considerations developed by the Landscape Archaeology, the Postcolonial Theory, the Social Theory and the Anthropology. This paper argues that the three sites would act as coastal suburban shrines between 3rd and 2nd centuries BC. There are vestiges of the same kind of rituals in all of them: the amortization of table ware and amphorae, and the offering of female bust *thymiateria*. These spaces may privilege the community cohesion and its territorial claims in the critical context of the Punic occupation and the Roman provincialisation.

Key words: Terracottas; hybridization; Iberians; Second Iron Age; processions.

1. Introducción¹

Los santuarios extraurbanos son posiblemente uno de los aspectos de la religiosidad ibérica mejor conocidos, entre otras cosas debido al temprano descubrimiento de varios de estos enclaves y a que los mismos desempeñaron un papel fundamental en la definición de la cultura ibérica. Temprano descubrimiento que no es óbice, por cierto, para que la atención que a ellos se ha prestado por parte de la historiografía a lo largo del último siglo haya sido muy variable, y para que la mayor parte de los estudios a ellos referidos hayan resultado de alcance bastante limitado, debido tanto al pesimismo mostrado por las diversas corrientes arqueológicas respecto al estudio de la religión de pueblos cuyo *epos* no nos ha sido transmitido por las fuentes escritas, como a la problemática específica inherente a este tipo de yacimientos y a la deficiente conservación de su registro arqueológico (Chapa, 1990: 249; Chapa y Martínez Navarrete, 1990; Prados, 1994: 128).

En el presente artículo, me dispongo a analizar tres yacimientos situados en sendas elevaciones costeras de la actual provincia de Alicante, La Malladeta, el Castillo de Guardamar y el Tossal de la Cala, cuyas problemáticas específicas han limitado sus respectivas interpretaciones funcionales, pero cuyo estudio conjunto, motivado por la constatación en los tres enclaves de una *facies* material similar en la que destacan los pebeteros con forma de cabeza femenina, pienso que puede resultar enriquecedor para profundizar en los usos y discursos ideológicos de los habitantes de la *Contestania* ibérica entre los ss. III y II a. C. La aproximación al registro desde una óptica postcolonial, consecuente con la teoría de la práctica bourdieusiana y con las lecturas antropológicas del peregrinaje y los rituales cinéticos, nos servirá para comprender mejor, espero, estos yacimientos tan irregularmente conservados (Fig. 1).

¹ Agradezco a S. Montero y a T. Chapa los consejos, indicaciones y orientaciones que me proporcionaron para la redacción de estas páginas. Asimismo, me gustaría agradecer los comentarios de los evaluadores anónimos que revisaron el artículo y que, sin duda, lo enriquecieron.

2. Un santuario recientemente excavado, otro conocido de antiguo y otro que ya no conoceremos

2.1. *La Malladeta (La Vila Joiosa, Alicante)*

Al sur del término municipal de La Vila Joiosa (Alicante), a 1,5 km del actual centro urbano, se sitúa un pequeño cabo que se interna apenas un centenar de metros en las aguas poco profundas de la región, aunque resulta bien visible a lo largo de un amplio sector de costa debido a que comprende un promontorio calcáreo de 45 m de altura, de sección aproximadamente triangular y pronunciadas pendientes hacia el mar, aunque fácilmente accesible desde la costa.

Los estudios de poblamiento recientemente efectuados evidencian que el lugar se correspondería con un enclave periférico, situado a más de un kilómetro de las necrópolis, Poble Nou y Les Casetes, que suponemos flanquearían el hábitat ibérico de La Vila Joiosa (Espinosa *et al.*, 2005), parcialmente enmascarado por la ocupación continuada del puerto hasta el momento actual (Fig. 2). Por otra parte, La Malladeta se sitúa a más de 200 m al s del trazado del Camino Viejo de Alicante, vía de comunicación tradicional entre la Marina Baixa y L'Alacantí. En definitiva, nos encontramos con una localización periurbana, inmediata al núcleo urbano pero separada de él, cercana a las vías de comunicación pero al margen de las mismas y perfectamente visible desde el área habitada (Robert y Costa, 2014).

Las excavaciones de La Malladeta, recientemente publicadas de manera exhaustiva, han sacado a la luz un conjunto de departamentos cuadrangulares adosados, distribuidos a lo largo de una superficie de 2.500 m² (Fig. 3), asociadas a los cuales encontramos cerámica campaniense A y, en menor medida, beoides, cerámica de paredes finas, producciones ebusitanas engobadas y unos pocos ungüentarios y lucernas, además de algunos kálathos, lebetas y platos locales decorados y buen número de ánforas –sobre todo locales, pero también itálicas Dressel 1 y forma 2 de Lamboglia, púnicas T-7.4 y ebusitanas T-8.1.3.3– (Espinosa y Marcos, 2014: 119-120). Una *facies* cerámica, en definitiva, relativa al último siglo antes del cambio de Era, pero en la que se echan en falta los recipientes de cocina y los grandes contenedores, algo que, unido a la no partición interna de los departamentos, a la ausencia de bancos y, sobre

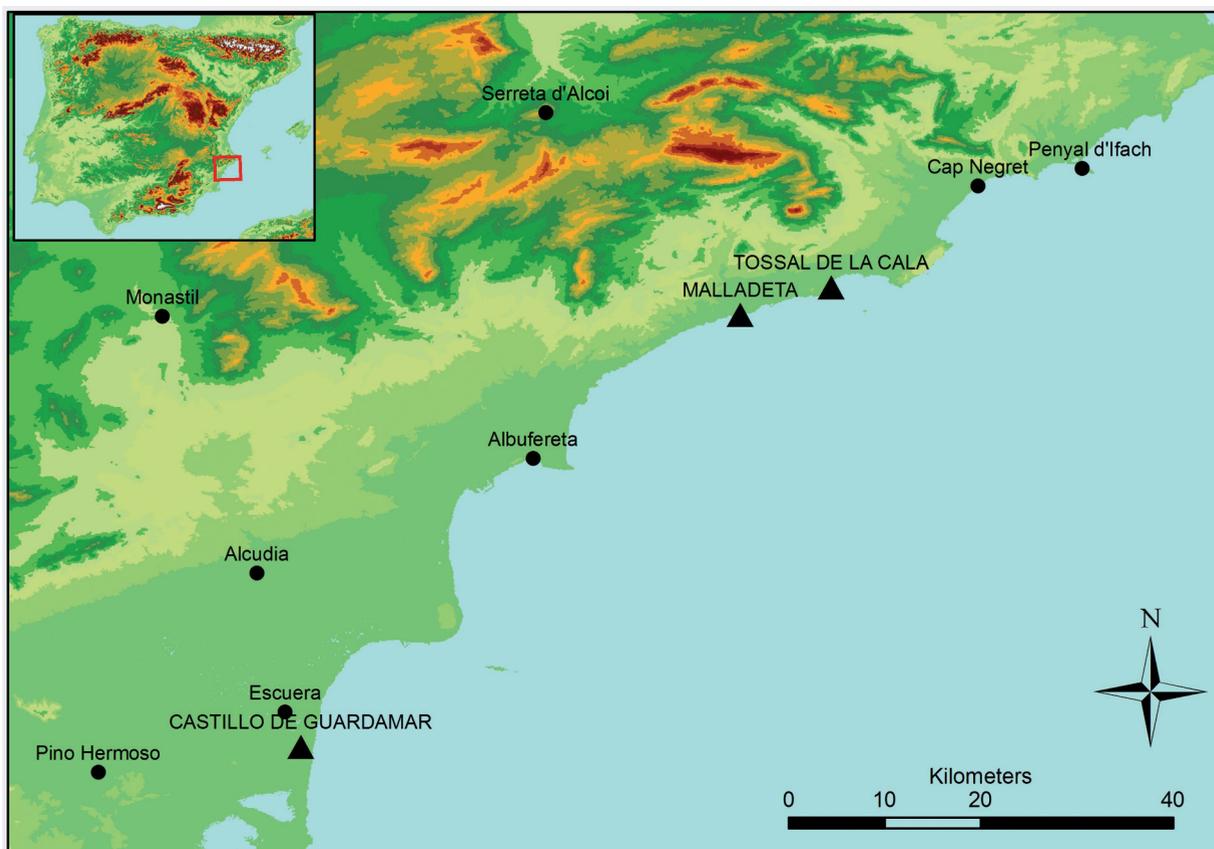


FIG. 1. Mapa con la localización de los tres yacimientos.

todo, de hogares en su interior, y a la no aparición de ningún utillaje doméstico ni resto de alimentación o basura, dificulta la interpretación doméstica de todas estas habitaciones (Moratalla *et al.*, 2014: 93; Rouillard y Costa, 2014: 107).

Es de reseñar, no obstante, que dispersas por La Malladeta, tanto entremezcladas con los paquetes sedimentarios movilizados para la construcción de estas estructuras tardorrepublicanas como aisladas en los diferentes estratos o dispersas en niveles superficiales, encontramos igualmente toda una serie de piezas bastante más antiguas. Me estoy refiriendo a una treintena de importaciones áticas –copas, páteras, pequeños cuencos y platos de pescado–, algunos vasos del Taller de Pequeñas Estampillas y del Taller de Rosas, y una treintena de producciones ebusitanas engobadas, además de ánforas –tanto ibéricas como púnicas, estas últimas de los tipos T-8.2.1.1, T-9.1.1.1 y T-7.4.3.1–

y vajilla de mesa ibérica de diverso tipo, todo ello datado entre los ss. IV y II a. C. (Espinosa y Marcos, 2014: 108-110 y 118-119). Pero, sobre todo, destacan los 172 fragmentos de terracota dispersos por el lugar –la mayoría documentados en niveles superficiales o de destrucción, aunque también algunos, no lo perdamos de vista, en los niveles de uso del s. I a. C.–, pertenecientes en su mayor parte a pebeteros de terracota en forma de cabeza femenina, tanto del tipo ‘Guardamar’ como del tipo ‘con alerones’ (Espinosa *et al.*, 2014: 59-60), además de tres pequeños fragmentos de figurillas femeninas –una cabeza, un pie y una mano– de gran naturalismo y rasgos helenísticos, con buenos paralelos en la Península Ibérica y el Mediterráneo central entre los ss. III y II a. C. (Horn y Moratalla, 2014). Revueltos por toda la estratigrafía encontramos también otros objetos, como una placa de cerámica en la que fue grabado un edículo o *naiskos* (Espinosa y Marcos, 2014: 121-124). Finalmente, en

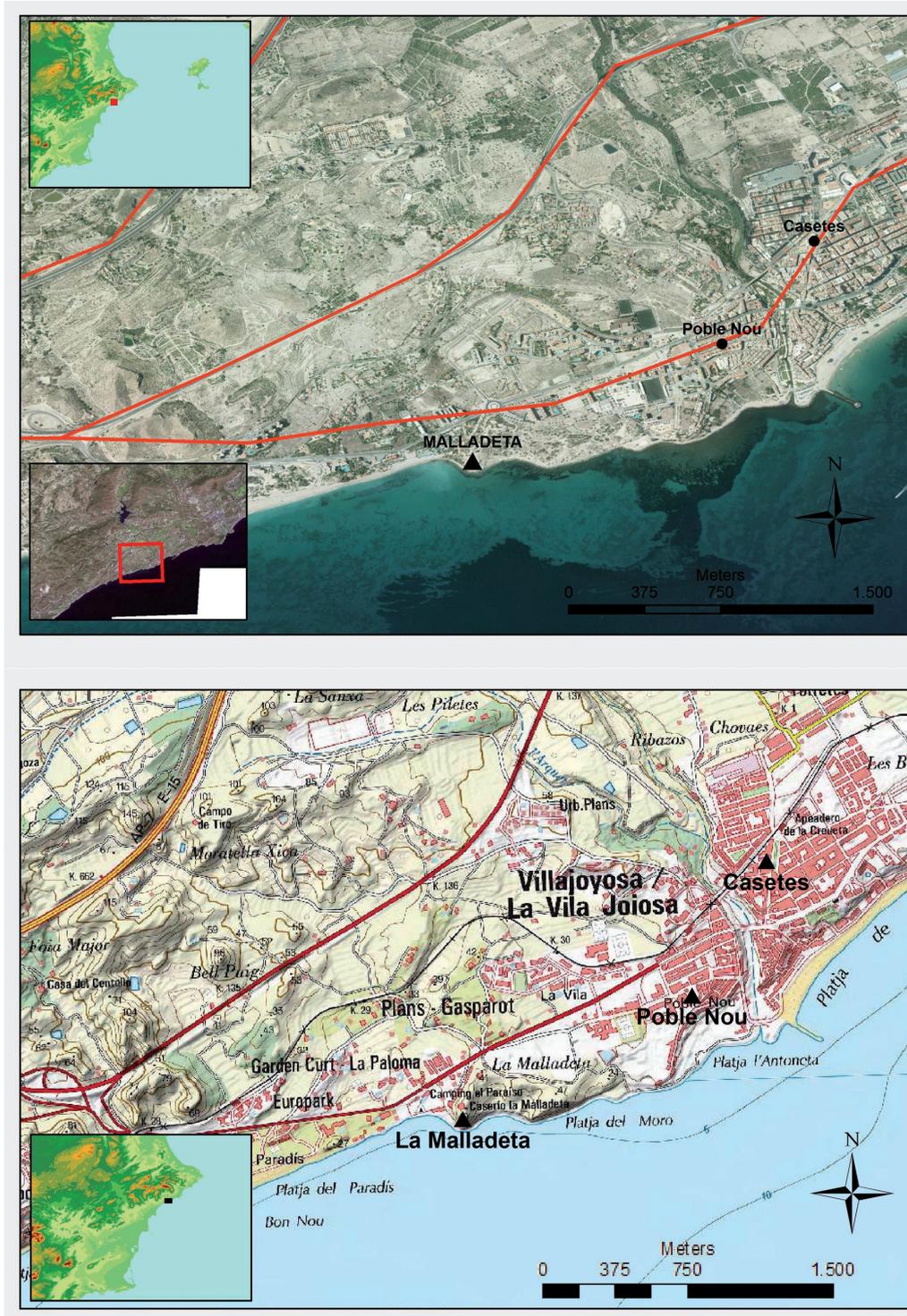


FIG. 2. *Entorno de La Malladeta (proyectado sobre una fotografía aérea actual y sobre el mapa topográfico 1: 25000, edic. de 2006).*

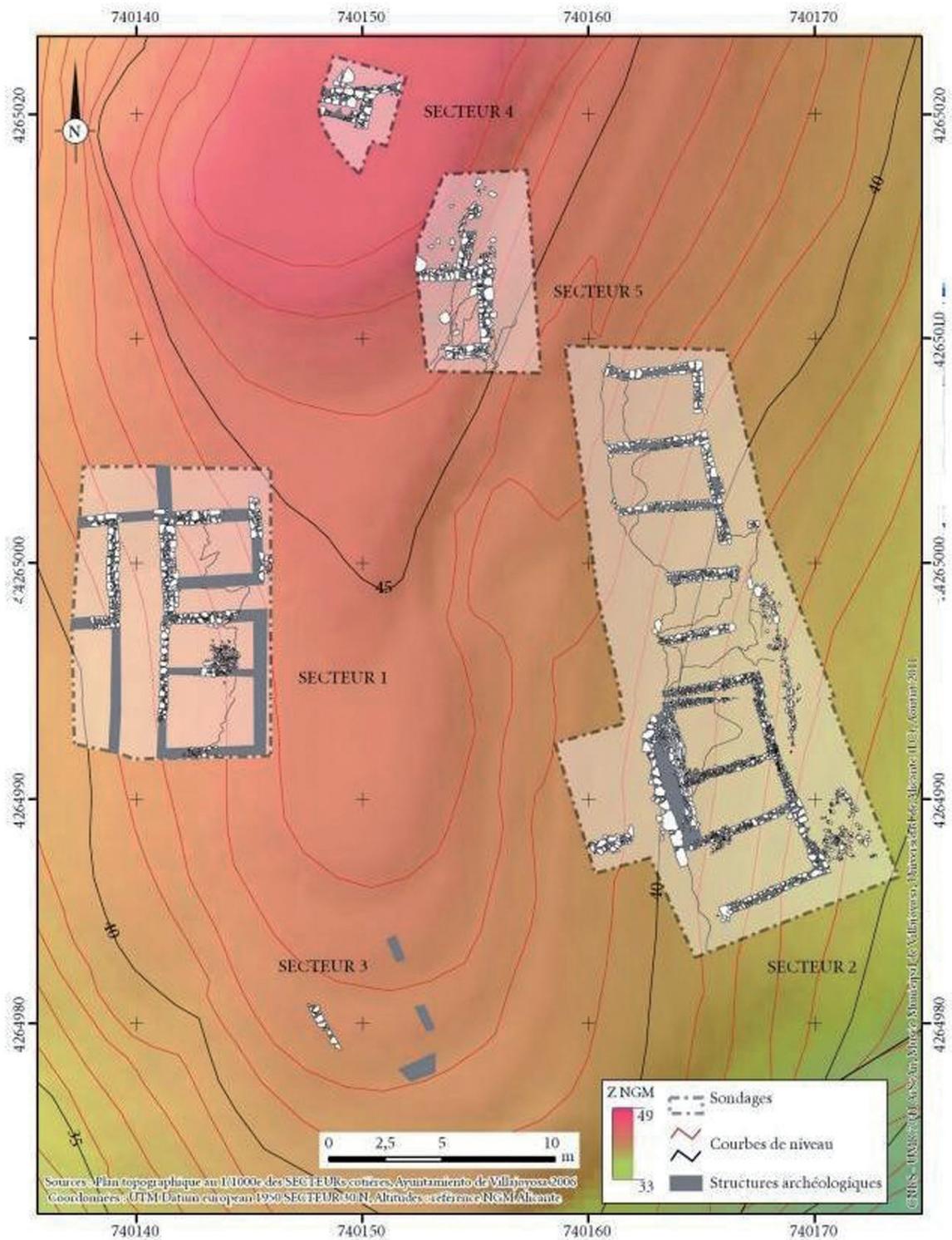




FIG. 4. Entorno del Castillo de Guardamar (proyectado sobre una fotografía aérea actual, y sobre el mapa topográfico 1: 5000, edic. de 2010).

el Sector 5 se documentó un potente paquete de cenizas que fue interpretado como un lugar en el que se practicaron combustiones recurrentes, posiblemente con sentido ritual dada la acumulación de fragmentos de pebeteros en sus inmediaciones (Espinosa *et al.*, 2014: 60).

La interpretación del lugar fue abordada por sus excavadores en varias fases. Una primera fase de La Malladeta correspondería seguramente con un empleo ritual del espacio, correspondiente quizás con un santuario extraurbano al aire libre, como parece desprenderse de la acumulación de pebeteros de terracota y de la placa de arcilla con un templete grabado, así como de la ausencia de cualquier tipo de construcción. La segunda fase sería la relativa a la construcción y empleo a lo largo del s. I a. C. de los departamentos adosados que coparon buena parte del espacio del cabo, departamentos cuya función no es explícita dada la sobriedad de su estructura y del registro mueble en ellos documentado, pero que igualmente fueron interpretados como habitaciones de acogida temporal de los devotos que hasta allí se desplazaran. La presencia residual de pebeteros en esta fase puede considerarse reveladora en este sentido. Por último, toda una serie de pequeños depósitos superficiales de material tardío permiten proponer una cierta frecuentación del lugar hasta mediados del s. I d. C., momento en el que al parecer el cabo de La Malladeta se abandona, coincidiendo por tanto con el proceso de municipalización del que pudo beneficiarse el núcleo urbano de La Vila Joiosa (Rouillard *et al.*, 2014).

2.2. *El Castillo de Guardamar (Guardamar del Segura, Alicante)*

El castillo medieval de Guardamar del Segura se construyó en la cima de un cerro costero de 64 mns de intrincadas pendientes, accesibles únicamente desde el N, que se yerguen sobre la misma desembocadura del Segura, cuyo cauce se ve forzado a trazar un último meandro antes de alcanzar el mar para sortear esta elevación (Fig. 4). La visibilidad que se alcanza desde la cima es enorme, controlándose toda la bahía de Santa Pola desde dicha ciudad hasta el Cap Cerver, y también una extensa área de la llanura aluvial del Bajo Segura, parte de la cual, bien es cierto, estaría

compuesta por marismas y marjales en época antigua (Ferrer, 2003).

En este lugar, en 1980, se dio a conocer el hallazgo de numerosos pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina junto al castillo, por lo que al año siguiente L. Abad visitó el enclave, lo sometió a prospección intensiva y, finalmente, decidió plantear varias catas en aquellos lugares del cerro en los que no afloraba la roca en superficie. No consiguió documentar ninguna estratigrafía intacta, debido a la fuerte erosión de las laderas del cerro y a la instalación inmediata del castillo medieval y de un cuartel de caballería moderno que permaneció en funcionamiento hasta el terremoto de 1829 (Abad, 1986: 151; 1992: 225). A comienzos de los años noventa A. García Menárguez volvería a visitar el lugar, prospectándolo una vez más (García Menárguez, 1992-1993).

Así, en superficie se recogieron, además de materiales de otras épocas posteriores, cerámicas ibéricas decoradas –platos, contenedores y vasos caliciformes– y sin decorar, ánforas ibéricas y un ejemplar samio, así como algunas páteras de barniz negro ático, además de un regatón de hierro y varias hachas de bronce (García Menárguez, 1992-1993: 81-85). Pero de nuevo los hallazgos más característicos serán el centenar y medio de fragmentos de pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina (Fig. 5) que han ido apareciendo en su mayoría desperdigados por el cerro, y solo minoritariamente documentados en las catas abiertas en 1981 (Abad, 1992: 228-229; 2010), terracotas cuya importancia, particularidades y número de hecho han llevado incluso a que se hable de ‘pebeteros tipo Guardamar’.

Generalmente, los pebeteros del yacimiento suelen situarse entre los ss. III y II a. C., y de hecho la mayor parte de los materiales cerámicos recogidos podrían encuadrarse en esta época (Abad, 1992: 233-234; 2010: 131-133). No obstante, el fragmento de ánfora samia y el puñado de fragmentos de barniz negro ático datables en el s. IV a. C. han servido generalmente para retrotraer a esta centuria la frecuentación del lugar (García Menárguez, 1992-1993: 81-85); incluso en ocasiones se han propuesto dataciones más antiguas, que se llevan ya al s. VII a. C. (García Menárguez, 1992-1993: 78-80; 1995: 227), apoyadas fundamentalmente en una punta de flecha de bronce con arpón lateral de una tipología similar a las halladas en Peña Negra (González Prats, 1982), propuesta según la cual el Castillo de Guardamar debería ser concebido



FIG. 5. *Terracota del Castillo de Guardamar* (Abad, 2010: 125).

como un santuario extraurbano dependiente del puerto fenicio de La Fonteta (González Prats, 2002: 130).

De cualquier manera, la caracterización del Castillo de Guardamar en época ibérica como un santuario apenas ha suscitado discusión entre la historiografía. Ya fue planteada por L. Abad poco después de sus excavaciones, apoyándose en la abundancia de pebeteros de terracota, la escasez relativa de cerámicas importadas y de armas, y la ausencia de edificaciones de ningún tipo (Abad, 1986: 151), argumentos a los que más tarde se añadiría la ubicación del cerro en la desembocadura

del Segura, análoga a la de otros santuarios protohistóricos bien conocidos como La Algaida o Bordisal de Camarles (Abad y Sala, 1997: 101). A. García Menárguez, por su parte, propuso una dualidad de funciones para el cerro, que correspondería con una separación de espacios: un área productiva y de intercambios, a la que corresponderían las cerámicas de almacenamiento, y un espacio sacro, del que provendrían las terracotas (García Menárguez, 1992: 78-80). Años después, de hecho, otros autores han insistido en el papel comercial que pudo desempeñar el enclave a escala regional (Moratalla y Verdú, 2007: 360), pero esta visión ya fue criticada por L. Abad y F. Sala (1997: 101), para quienes la ausencia de construcciones e infraestructuras consistentes –almacenes, lugares de reunión, muros– dificulta concebir el lugar como un núcleo comercial estable, incluso si este se hubiera desarrollado en conexión con un santuario.

Tampoco ha suscitado controversia su carácter extraurbano. Efectivamente, nada hace sospechar de la ocupación estable del enclave en época antigua. Sin embargo, la desembocadura del Segura y, más en general, la comarca de la Depresión Meridional, constituye una de las zonas del sureste más densamente pobladas en época ibérica, tal y como se desprende de las prospecciones llevadas a cabo en las dos últimas décadas. Tras el abandono de El Oral, poblado que habría ejercido su hegemonía sobre la comarca hasta finales del s. V a. C., el poblamiento se reorganiza en torno a dos núcleos medianos, Cabezo Lucero y La Escuera, si bien solo esta última, situada a unos 2 km del Castillo de Guardamar, alcanzará el s. III a. C. y de hecho experimentará en la segunda mitad de dicha centuria un cierto auge, según se desprende de la anejió de un nuevo barrio, modernas fortificaciones y la construcción de un santuario urbano complejo de aire punizante (Abad y Sala, 2001). En los alrededores pervivieron igualmente otros hábitats de pequeño tamaño –Cigarro, Rebollo– y abundantes caseríos rurales –Porvenir, Tintoreros, Társilos, Cerro del Molino, etc.– (Gutiérrez *et al.*, 1998-1999: 55-58). Como vemos, el hábitat se ordena en torno a ambas orillas del Segura evitando las tierras más bajas de su desembocadura, que seguramente se inundarían periódicamente; los poblados serían en general de pequeño tamaño y amurallados, dispersos regularmente por el territorio y aprovechando cerros de acceso sencillo y cima amesetada, cercanos a territorios de alta productividad agrícola (Moratalla, 2005: 103).

No obstante, tras la provincialización romana, la zona fue despoblándose paulatinamente (Moratalla, 2005: 108-109), de modo que a la altura del s. II a. C. en los alrededores del santuario del Castillo de Guardamar tan solo quedarían un puñado de hábitats rurales, la mayor parte de los cuales también desaparecerá, junto con el propio santuario, antes de alcanzar el s. I a. C. Hace poco, de hecho, M. Olcina (2010: 138-139) caracterizaba este período en la zona como una “situación desértica”.

2.3. *El Tossal de la Cala* (Benidorm, Alicante)

En el mismo límite entre los términos municipales de Benidorm y Finestrat se yergue el Tossal de la Cala o Tossal de Polop, un cerro costero de 101 msnm que se interna abruptamente en el mar, presentando

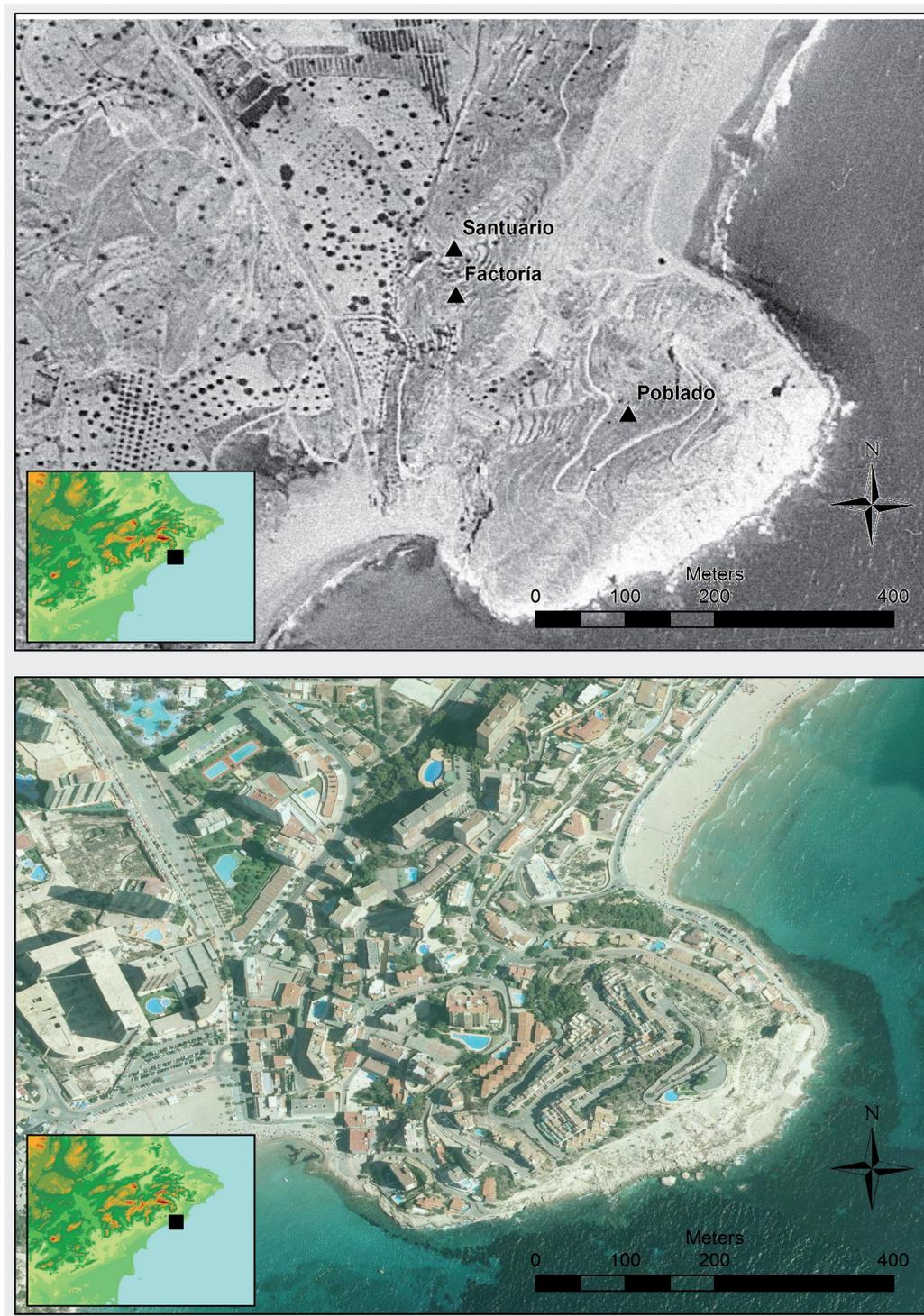


FIG. 6. Arriba, yacimientos del Tossal de la Cala señalados sobre una fotografía aérea tomada en 1956-1957 (Serie B del “Vuelo Americano”, proporcionada por el IGN); abajo, fotografía aérea actual del enclave.

acantilados verticales en tres de sus lados y una pendiente bastante más suave por el n. Desde su cima se controla un amplio panorama de la retroterra hasta la sierra de Aitana y el Puig Campana, así como un gran sector costero, desde la Punta de la Escaleta hasta el Racó Conill, incluyendo la isla de Benidorm, y vislumbrándose sin esfuerzo el Peñón de Ifach y la Serra Grossa de Alicante. A los pies del promontorio se sitúa la Cala de Morales o Cala de Finestrat, buen abrigo para las pequeñas embarcaciones, sobre todo en la Antigüedad, dado que entonces se encontraría menos colmatada (Espinosa *et al.*, 2003: 171-172).

La escasez de agua dulce en la zona y la disponibilidad limitada de buenas tierras para la explotación agrícola, de hecho, no impidieron que se produjera una ocupación continuada de las inmediaciones durante la Edad del Hierro, sin duda derivada del fondeadero (Sala *et al.*, 2013: 192) y de la buena visibilidad del propio promontorio, añadido a la proximidad del cruce entre la vía de paso natural que, siguiendo el Barranco de la Cala, se internaría desde la Cala de Finestrat en la sierra y el eje de comunicaciones que recorrería en época protohistórica todos los asentamientos de la Marina Baixa hasta el Cap de la Nao, cuya importancia en todo caso nunca dejó de ser bastante secundaria (Llobregat, 1983).

La historia de la investigación de este enclave es hartamente compleja, y explica en buena medida lo limitado de nuestros conocimientos sobre el mismo. Así, en los años cuarenta J. Belda (1945, 1950) llevó a cabo las primeras intervenciones en el lugar, prospectándolo y planteando algunas catas, si bien sus resultados solo fueron publicados esquemáticamente en forma de un par de artículos en los que se remitía constantemente a una memoria que nunca llegaría a publicarse. En el segundo de ellos Belda (1950: 80-84) diferencia tres yacimientos distintos: un poblado encaramado a la ladera del Tossal, fechado entre los ss. iv y i a. C.; una factoría de cronología desconocida ubicada a los pies del cerro, al noreste; y un santuario localizado algo más allá en el que halló gran cantidad de pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina (Fig. 6).

Pocos años después, en 1956, Tarradell y Ramos encabezan una intervención de urgencia motivada por el proyecto de urbanización del Tossal, que no lograrían evitar. En la sucinta memoria de sus trabajos, centrados en el poblado, Tarradell describe un único estrato, datado entre los ss. ii y i a. C., aunque

no descarta que el lugar pudiera haber sido ocupado anteriormente, dado lo poco representativo del espacio excavado. En sus indagaciones recogió también el descubrimiento de algunos fragmentos escultóricos, pertenecientes a un toro y un león, hallados frente a la ladera norte del Tossal, y que Tarradell puso inmediatamente en relación con el supuesto santuario de Belda, que sería interpretado por este investigador más bien como una necrópolis a tenor de las mencionadas estatuas (Tarradell, 1985). La cronología de estas últimas, por cierto, se situaría en torno al s. iv a. C. (Chapa, 1985: 832).

Llobregat (1972: 60-62 y 148) revisó el urbanismo y la cronología del poblado. Por lo que respecta al posible santuario, el investigador constata que ya a comienzos de los años setenta no queda nada del mismo debido a la construcción de chalets en el enclave, si bien propone, al igual que había hecho Tarradell, que se trataría más bien de una necrópolis, a juzgar por la presencia de esculturas. En lo que a los pebeteros de terracota se refiere, destaca la escasa calidad de los mismos respecto de los amortizados en la necrópolis de La Albufereta.

Con posterioridad a las intervenciones de Tarradell, se sucederán las excavaciones furtivas en el poblado, y más tarde las catas planteadas por F. García Hernández (1986), la sistematización que de los materiales ha llevado a cabo S. Bayo (2010) y la reciente reexcavación de algunos de los departamentos planteada desde el proyecto de investigación dirigido por F. Sala y tendente a evaluar las repercusiones de las guerras sertorianas en el poblamiento contestano (Sala y Moratalla, 2014). Estos últimos estudios, de hecho, evidencian que la cronología del poblado no debe retrotraerse más allá del s. i a. C. y que el núcleo debe identificarse con un *castellum* levantado en el contexto de las guerras sertorianas. Ello no quiere decir que la zona y su espléndida cala no fuera frecuentada anteriormente; en los últimos años, dos excavaciones de urgencia emprendidas en el término municipal de Finestrat han sacado a la luz un tramo de calzada del s. iv a. C. que descendía hacia la cala, situado bajo la actual avda. de la Marina Baixa, y un enclave industrial provisto de alfar datable entre los ss. ii y i a. C. (Sala, 2012b: 204-205).

Por lo que al santuario/necrópolis respecta, sin embargo, apenas se le ha prestado atención en los últimos años. M. J. Pena (1990: 57-59), bien es cierto, revisa los escasos pebeteros con forma de cabeza

femenina que se tenían localizados en el Museo de Alicante para, tras compararlos con los documentados en La Albufereta, La Illeta y La Serreta, defender su carácter funerario y por tanto la condición de necrópolis del enclave. Años después Moratalla y Verdú (2007: 360) en cambio considerarán probable su consideración de santuario, aunque dejan abierta la otra alternativa. Recientemente se ha identificado entre los fondos del Museo Arqueológico de Alicante un nuevo lote de fragmentos de pebeteros con forma de cabeza femenina, que se suman a los siete inventariados hasta el momento (Bayo, 2010: 116-122), y que como estos muestran una tipología variada, aunque abundando los del ‘tipo Guardamar’.

3. Depositando pebeteros en la costa

3.1. Cronología, emplazamiento y carácter de los yacimientos

En definitiva, y pese a lo problemático de la documentación que estamos manejando, creo que es posible hablar conjuntamente de los tres yacimientos mencionados, relativamente contemporáneos entre sí, emplazados en otros tantos cerros del litoral contestano y en los que se practicarían actividades bastante similares.

En efecto, en primer lugar, creo que se puede defender la interpretación de los tres espacios como santuarios. Esta ha sido generalmente aceptada en el caso del Castillo de Guardamar, aunque ya he señalado que García Menárguez propuso en su momento la existencia coetánea y colindante al santuario de un área productiva y de intercambios; esta propuesta, ya criticada como dije por otros autores, en mi opinión debe ser revisada, pues se basa únicamente en la consideración de que determinados materiales como las cerámicas comunes o los vasos de almacenaje no resultan coherentes con un contexto sacro, cuando hoy sabemos en cambio que su presencia es sistemática en buena parte de los santuarios ibéricos (Prados, 2014a: 128)².

Por lo que respecta a La Malladeta, efectivamente la presencia de abundante vajilla de mesa y ánforas

importadas junto con los recurrentes pebeteros, unido todo ello a la ausencia de estructuras construidas, llevaron a sus excavadores a identificar el lugar en su primera fase como un santuario al aire libre, hipótesis que parece verse confirmada tras el hallazgo del mencionado fragmento cerámico con un *naiskos* grabado y del potente paquete de cenizas del sector 5. Más problemática puede resultar, quizás, la consideración sacra de los departamentos adosados y distribuidos en hileras que se construyen hacia comienzos del s. I a. C., tal y como los propios excavadores reconocen, pues, si bien no tenemos argumentos para identificarlos como estructuras domésticas o artesanales, las evidencias de su frecuentación ritual, dado que la mayor parte de las terracotas aparecieron en contexto secundario, tampoco abundan. En todo caso, en este artículo propongo centrarnos en la primera fase descrita, pues es la verdaderamente contemporánea a los otros yacimientos analizados.

Acerca del Tossal de la Cala, finalmente, defendiendo que podría aceptarse la interpretación primigenia del padre Belda en cuanto a que el área que él mismo prospectó a los pies del cerro podría identificarse como un santuario, y no como una necrópolis como más tarde intentaron matizar Tarradell y Llobregat. En efecto, los pebeteros de terracota aparecen habitualmente tanto en uno como en otro tipo de yacimientos de esta época en el sureste peninsular (Moratalla y Verdú, 2007: 360), pero en los cementerios suelen asociarse a otro tipo de ajuares, como otras terracotas, armas y fibulas, que en el Tossal de la Cala no aparecieron, como tampoco fueron detectadas por Belda las propias tumbas, pese a que no sería precisamente la primera vez que dicho autor había visitado una necrópolis de la época. Además, la heterogeneidad tipológica que se advierte en los pebeteros del Tossal de la Cala, y sobre todo la circunstancia de que una parte significativa de los mismos sea del ‘tipo Guardamar’, podría servir también como argumento en este sentido, pues los pebeteros de este tipo se distribuyen preferentemente en áreas sacras del se –La Illeta, La Serreta, La Malladeta y Guardamar–, en tanto que su presencia es infrecuente en las necrópolis (Sala y Verdú, 2014: 31-33). Finalmente, es de reseñar que el argumento manejado por M. Tarradell y E. Llobregat para identificar este espacio como una necrópolis, la presencia de esculturas, puede ser hoy fácilmente refutado: al contrario de lo que se había asumido hasta hace pocos años, hoy sabemos que la

² Cf. también García Cardiel, J.: “El Cerro de los Santos: paisaje, negociación social y ritualidad entre el mundo ibérico y el hispano”, *Archivo Español de Arqueología*, LXXXVIII, en prensa.

presencia de esculturas no es diagnóstica de la existencia de necrópolis en el mundo ibérico, sino que en muchos casos lo que se generaba en torno a ellos eran áreas sacras que podían concentrar la deposición de ofrendas (Prados, 2014a).

Por otra parte, todo parece apuntar a que los tres santuarios permanecieron en funcionamiento, al menos, entre los ss. III y II a. C. Así parece deducirse, como veíamos, de la mayor parte de los materiales documentados tanto en La Malladeta como en el Castillo de Guardamar. Bien es cierto que en ambos yacimientos encontramos unas pocas importaciones áticas datables en el s. IV a. C., que podrían estar hablándonos de unos tímidos primeros pasos de ambos santuarios, o bien de la ocasional amortización en estos recintos sacros de viejos vasos de gran prestigio, a modo de reliquias. Pero no sería de extrañar siquiera que la presencia de fragmentos de cerámicas áticas en estos promontorios costeros constituyera el vestigio de una actividad anterior, no relacionable con su frecuentación ritual en épocas posteriores.

Una cronología similar, de hecho, podríamos atribuir al santuario de Tossal de la Cala, pues, aunque ya hayamos señalado que según las últimas investigaciones el poblado aledaño tendría una cronología circunscrita al s. I a. C., las distintas intervenciones llevadas a cabo en la Cala de Finestrat evidencian una ocupación de la zona desde al menos el s. IV a. C. Lamentablemente, en este caso no disponemos de conjuntos cerámicos recogidos en el santuario que puedan ofrecernos información cronológica.

No obstante, el otro elemento cronológico del que disponemos para fechar estos yacimientos a falta de estratigrafías claras lo constituyen los pebeteros amortizados. En general, y a pesar de que entre las comunidades feniciopúnicas del sur peninsular los pebeteros con forma de cabeza femenina muestran unas cronologías bastante más amplias (Niveau de Ville-dary y Martelo, 2014), en lo que respecta al mundo propiamente ibérico se suelen situar en torno a los ss. III y II a. C. (Pena, 2007: 25). En concreto para las producciones de 'tipo Guardamar' se han defendido igualmente dataciones de entre los ss. III y II a. C. (Abad, 1992, 233-234; 2010: 130-131), aunque estas, reparemos en ello, se basan fundamentalmente en los materiales ibéricos revueltos que acompañaban a estas piezas en el Castillo de Guardamar, por lo que tomar directamente estos pebeteros como indicio cronológico equivaldría a construir una argumentación

circular. No en vano, hace pocos años se propuso rebajar la cronología de las piezas 'tipo Guardamar' a los ss. II y I a. C. (Moratalla y Verdú, 2007: 362), y recientemente se ha planteado en cambio retrotraerla a los ss. IV y III a. C. (Sala y Verdú, 2014: 31-33).

Esta última hipótesis, de hecho, no sería nada descabellada, pues ya hemos señalado cómo en los tres yacimientos que aquí analizamos aparecen algunas piezas datables en el s. IV a. C. Ahora bien, algunos de los argumentos esgrimidos por estos autores quizás deban matizarse. Y es que, si bien es cierto que la única matriz que ha llegado hasta nosotros procede del Tossal de les Basses y que en ocasiones se ha defendido que este poblado y su inmediata periferia quedarían abandonados a finales del s. IV a. C. (Rosser y Ortega, 2008: 24-34), otros estudios alargan la vida del asentamiento hasta mediados del s. III a. C. (Rosser y Fuentes: 2007, 62). En contextos propios del s. III a. C. igualmente pueden encuadrarse, como señalan los propios autores, los pebeteros de La Serreta y La Illeta. Ahora bien, el supuesto abandono que la región del Bajo Segura experimenta tras la II Guerra Púnica, y que F. Sala y E. Verdú emplean como argumento para negar que el santuario del Castillo de Guardamar, y por extensión los pebeteros 'tipo Guardamar', pudieran seguir empleándose en el s. II a. C., no fue seguramente tan absoluto como se asume. Si bien es cierto que tras el conflicto bélico el mencionado territorio se desestructura y queda parcialmente despoblado (Moratalla, 2005: 108-109), no llegará a abandonarse por completo (Grau, 2010: 235-236), en contra de lo que asumen algunos autores, como vimos –*cf.* recientemente Olcina, 2010: 138-139–. De hecho, en el propio Castillo de Guardamar encontramos materiales –ciertamente escasos– más tardíos (Abad, 2010: 124), que, en conjunción de los documentados en otros enclaves de la comarca (Moratalla, 2005: 108-109), hacen pensar en la posibilidad de que quizás el modelo de poblamiento anterior evolucionara hacia una ocupación del territorio más dispersa, de tipo rural, y en todo caso más difícilmente detectable en el registro arqueológico.

La reciente publicación exhaustiva de los materiales de La Malladeta, finalmente, parece mostrar, como ya se señaló, que algunos de estos pebeteros permanecieron en uso quizás hasta momentos cercanos al cambio de era.

En definitiva, no podemos descartar que los primeros pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina

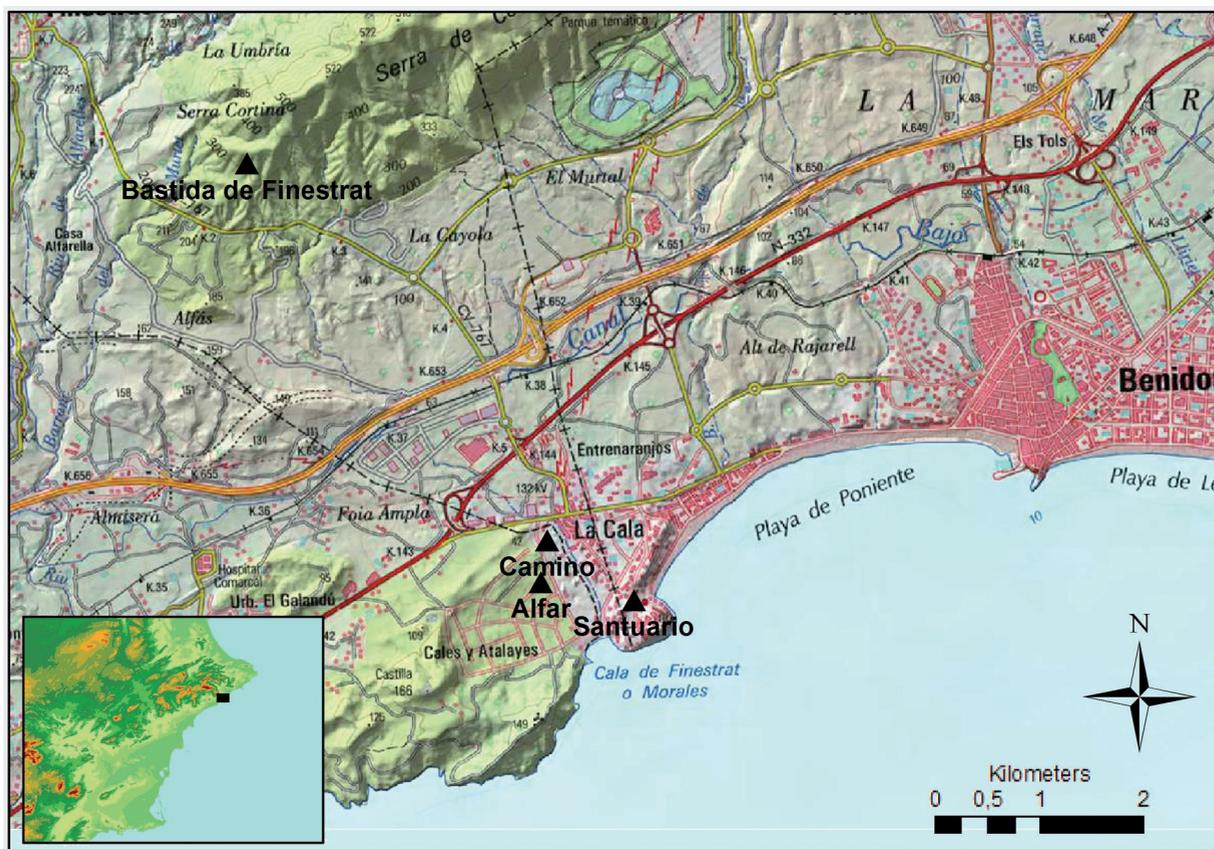


FIG. 7. Entorno del santuario del Tossal de la Cala durante los ss. IV-II a. C. (proyectado sobre el mapa topográfico 1: 50000, edic. de 2010).

podrían haber sido fabricados en el s. IV a. C., aunque su empleo se generalizaría seguramente en el s. III a. C., y probablemente perviviría al menos durante la centuria siguiente. Es decir, hablamos de una horquilla cronológica semejante a la que ya de por sí parecían sugerir los materiales cerámicos, bien es cierto que descontextualizados, de los yacimientos analizados.

Las tres áreas sacras se sitúan en cerros costeros prominentes, de relativo fácil acceso desde la costa pero con pendientes más o menos acantiladas hacia el mar, y cuya visibilidad de la costa y de la retroterra circundantes resulta excepcional.

El carácter periurbano de estos enclaves es fácilmente constatable en La Malladeta respecto del asentamiento situado bajo La Vila Joiosa, gracias al reciente estudio territorial desarrollado por el equipo francoespañol que ha excavado en la zona. Otro tanto se podría decir seguramente para el caso del Castillo

de Guardamar, situado como señalaba antes a apenas 2 km de La Escuera, seguramente el asentamiento más importante de la zona a finales del s. III a. C., si bien posiblemente el lugar recibió la visita de los fieles de todos los caseríos cercanos, sobre todo a partir de la destrucción de La Escuera al final de dicha centuria.

El modelo no variaría mucho tampoco en lo que respecta al Tossal de la Cala. Recordemos que el poblado que se sitúa en la cima del mencionado Tossal es según las últimas investigaciones tardío, posterior al santuario, que a su vez no se encontraba propiamente en la parte superior del cerro costero, pero sí en una elevación secundaria situada en las faldas de este, e igualmente con una gran visibilidad sobre la cala de Finestrat, la de Benidorm, y los entornos inmediatos (Fig. 7). Entornos en los que de hecho sí que existía un pequeño hábitat ibérico contemporáneo al santuario, la Bastida de Finestrat, casi inédito,

ocupado al menos entre los ss. III y II a. C. (Frías, 2010: 132), intervisible respecto del Tossal y a unos 3,5 km en línea recta de este. En consecuencia, el santuario del que hablamos podría considerarse un santuario periurbano respecto del poblado de La Bastida de Finestrat, cuyos habitantes podrían peregrinar periódicamente al santuario costero.

3.2. *Rituales documentados*

En los santuarios en cuestión, los únicos vestigios arqueológicos que quedan de las visitas de sus fieles son, por una parte, los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina y, por el otro, una serie de fragmentos cerámicos locales e importados. Unos y otros aparecen desperdigados sin orden aparente por las áreas sacras, sin que haya podido identificarse *favissa* alguna –pese a que las recientes y metódicas excavaciones en La Malladeta, por ejemplo, con toda probabilidad hubieran detectado tales acumulaciones de haber existido–, de modo que todo parece apuntar a que estos objetos eran depositados en superficie en el santuario por los devotos de una manera aleatoria, o bien según una lógica interna que de momento no llegamos a comprender. El acto de depositar ofrendas a lo largo y ancho de los espacios considerados sagrados constituye, en todo caso, el acto ritual quizás más extendido entre los santuarios ibéricos de todas las épocas, por lo que no debe sorprendernos.

Discutiré el empleo de los pebeteros de terracota más adelante, pues constituye el rasgo de estos santuarios que más ha llamado la atención de los especialistas. Pero el otro elemento amortizado profusamente en los santuarios de los que vengo hablando es la cerámica. Como señalé anteriormente, en La Malladeta encontramos dispersos por el lugar fragmentos de platos y copas áticas, helenísticas y ebusitanas, vajilla ibérica de mesa de diverso tipo, pequeños contenedores locales, y ánforas ibéricas y púnicas. En el Castillo de Guardamar por su parte se documentan platos locales e importados, vasitos caliciformes, contenedores de factura local y ánforas locales e importadas. Esto es, nos hallamos en los dos lugares ante unas mismas categorías de objetos –vajilla de mesa, pequeños contenedores y ánforas, fundamentalmente–, en tanto que en ambos están ausentes otras –la cerámica de cocina, por ejemplo–. Esto último es tanto más importante cuanto que en otros santuarios

ibéricos como, por ejemplo, el Cerro de los Santos, la cerámica de cocina sí está presente³ y también se documentan restos óseos relacionados con comidas y sacrificios, restos estos últimos que están igualmente ausentes en nuestros santuarios costeros. Esto es, pareciera que en estos santuarios suburbanos tardíos del área contestana no se cocinaban comidas rituales ni se realizaron sacrificios cruentos, salvo que los restos de estos últimos fueran limpiados y evacuados del área sagrada, algo por otra parte perfectamente plausible. Por el contrario, el ritual atestado parece estar más bien en relación con la ofrenda de vajilla, puede que asimismo con el consumo comunal de alimentos en estos vasos, y quizás también la deposición de ánforas, que pudieran haber sido empleadas para contener y transportar los líquidos libados en el lugar (Fig. 8).

Debemos quizás tener en cuenta, por tanto, el carácter en cierta medida ‘popular’ del rito, más o menos homogéneo y aparentemente abierto a toda la comunidad. Podríamos dudar, en este sentido, de si lo que se llevarían a cabo en estos santuarios serían rituales cívicos propiamente dichos, en los que participaría toda la comunidad constituida en tanto que tal, o bien si se trataría más bien de rituales familiares, esto es, de celebraciones periódicas que salen del recinto doméstico para materializarse en un espacio público cercano al asentamiento. No obstante, en un reciente artículo Prados (2014) insistía en que estas dos facetas están presentes en buena parte de los rituales ibéricos celebrados en los santuarios, y que el límite entre ambas es difícil, por no decir imposible, de discernir.

En todo caso, lo que sí merece la pena subrayar de nuevo es que no encontramos aquí a grandes aristócratas que se hagan representar a sí mismos para dejar una constancia atemporal de su paso por el santuario, ni costosas ofrendas que evidencien un dispendio ostentoso de recursos por parte de determinados personajes. De lo que sí tenemos evidencia es de que un conjunto de personas, quizás familias enteras, abandonaban periódicamente sus viviendas para protagonizar una corta peregrinación a un punto prominente de su entorno inmediato, depositar allí determinados objetos más o menos asequibles, y quizás celebrar comidas y libaciones, y volver al cabo del día a sus hogares. Un rito en el que lo que parece privilegiarse es la horizontalidad ciudadana respecto

³ García Cardiel, J.: *op. cit.* n. 2.

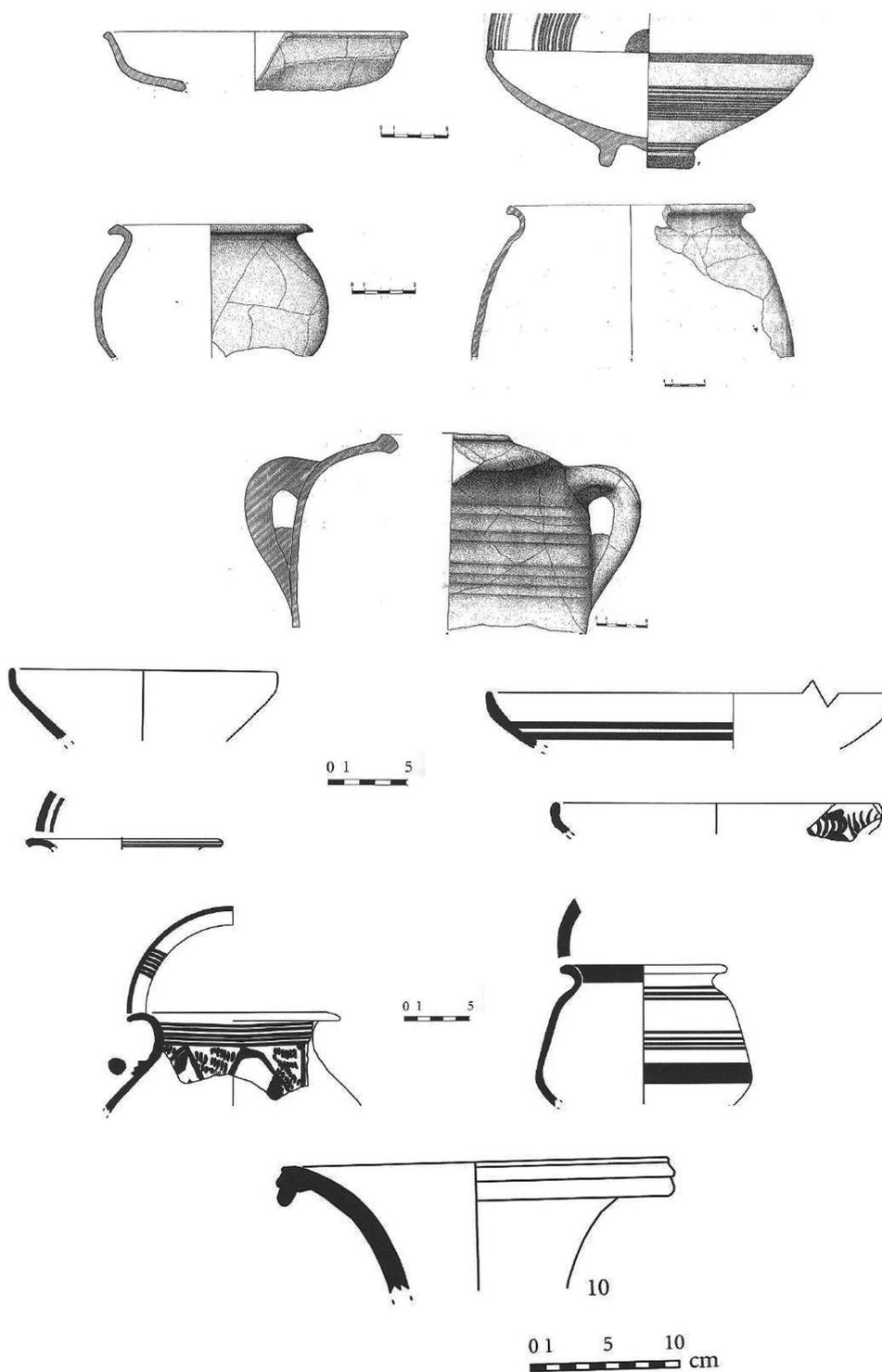


FIG. 8. Selección del repertorio cerámico documentado en el Castillo de Guardamar (arriba) y La Malladeta (abajo): García Menárguez, 1992-1993: figs. 3-6 y Espinosa y Marcos, 2014: 118-145.

de la verticalidad aristocrática, algo coherente con lo que sucede en otros santuarios de esta época tardía, en los que la comunidad en sí misma y los grupos familiares asumen el protagonismo, al menos en el plano simbólico-ritual, a la hora de asegurar la cohesión social (Prados, 2014a), en detrimento de unos aristócratas que parecen desaparecer de estos espacios, o que al menos desisten de subrayar su ‘distinción’ en ellos de manera explícita y evidente, en la medida en que lo habían hecho en épocas anteriores en otras áreas sacras.

A este respecto, por cierto, merece la pena sacar a colación los estudios que desde el ámbito de la antropología se están dedicando al concepto de ‘peregrinación’. Si entendemos por ‘peregrinación’ un viaje motivado por una inspiración religiosa o espiritual, conscientemente emprendido por individuos o grupos hacia un lugar o a través de un recorrido que se concibe como más sagrado o saludable que el medio de vida cotidiano, buscando un encuentro trascendental con lo sagrado para adquirir un beneficio (Margry, 2014), habremos de colegir que, aunque de corta duración y escasa distancia, estamos hablando en estas páginas de peregrinaciones propiamente dichas, efectuadas por toda o una parte significativa de las comunidades cercanas a estos santuarios, ubicados en el entorno inmediato de los poblados pero fuera de ellos.

Ya los primeros trabajos modernos sobre las implicaciones antropológicas de las peregrinaciones insistían en que estas, de un modo similar a los rituales de paso (Turner y Turner, 1978: 3), y de hecho en ocasiones íntimamente conectadas con aquellos, añadiría yo, entrañaban un alejamiento de las estructuras sociales cotidianas y un énfasis en cambio en la idea de *communitas*, la relación directa y espontánea entre unos peregrinos que se conciben como iguales, o entre los que al menos las divisiones sociales tienden a suavizarse (Turner y Turner, 1978: cap. 4). Esta idea, no obstante, pronto fue criticada, subrayándose que las peregrinaciones no son mecanismos de homogeneidad social sino antes bien arenas especialmente dispuestas para la competición social (Eade y Sallnow, 1991: 2). La disputa quedó zanjada, al menos parcialmente, de la mano de Coleman y Elsner (1995: 202), quienes argumentaron que la idea de *communitas* se presentaba en las peregrinaciones como un ideal, enmascarando al tiempo que reforzando –y por tanto construyendo– la tensión social

latente. Algo similar a lo que defiende que sucede en los santuarios estudiados a partir de la cultura material presente en ellos.

El otro aspecto de las peregrinaciones en el que han incidido las investigaciones antropológicas de los últimos años es en el de su carácter performativo. Ya Morinis (1992: 15-25) señalaba que cualquier peregrinación tiene cuatro planos interconectados (el individual, el cultural, el social y el físico), planos que dan lugar a una serie de oposiciones binarias de tipo estructural al imbricarse en la matriz cotidianeidad-liminalidad, siendo el movimiento el elemento clave que da sentido a dichas oposiciones y enmarca el viaje sagrado. A este respecto, Coleman y Eade (2004: 3) impulsaron el término de ‘rituales cinéticos’ –*kinetic rituals*– para insistir en la importancia del movimiento en este tipo de rituales, pues el desplazamiento implica una serie de experiencias y sensaciones individuales que mediatizaban, por un lado, la construcción del espacio social y, por el otro, la recreación de la identidad individual del peregrino. En ello ha insistido recientemente, ya desde el campo de la historia, López Bertrán (2011), precisamente en relación con peregrinaciones bastante parecidas a las que aquí estudiamos, pero relativas a comunidades feniciopúnicas peninsulares. Y es que, sin olvidar el toque de atención dado por algunos expertos, que nos recuerdan que lo importante de la peregrinación no sería el tránsito sino el objeto o lugar de culto que se pretendía visitar (Margry, 2008: 24-26), parece evidente que el acto del movimiento caracteriza de forma muy concreta a todo este tipo de rituales. En nuestro caso, el desplazamiento ritual y periódico de la comunidad entre el asentamiento y un lugar situado a escasa distancia pero desde el que se controlaría visualmente la periferia productiva en poder del grupo serviría, por una parte, para consolidar en el *habitus* colectivo de los participantes una idea de pertenencia cívica y, por la otra, para arraigar en ellos el sentimiento de pertenencia del entorno explotado.

3.3. *Los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina*

Por último, merece la pena llamar la atención acerca del carácter punizante que algunos autores le han atribuido a estos santuarios, debido sin duda

a la amortización reiterativa en ellos de pebeteros con forma de cabeza femenina. Ya el padre Belda (1945) identificaba a la divinidad representada en ellos con Tanit, en tanto que recientemente C. Arnegui (2010: 695-696) ha propuesto que su ubicación en la costa respondería a una apropiación simbólica del litoral por parte de los cartagineses, que de este modo pretendían legitimar su control coactivo y económico.

Ahora bien, estas conclusiones se basan en último término en la identificación de la cultura material con la 'identidad nacional' y las estructuras ideológicas asociadas a esta última. Los pebeteros, según estos planteamientos, serían instrumentos rituales púnicos, y su presencia por tanto evidenciaría la existencia de gentes púnicas llevando a cabo sus rituales más tradicionales.

Y, sin embargo, estos pequeños objetos se hacen presentes en gran cantidad en buena parte del mundo ibérico, aunque con una acusada concentración en el SE peninsular (Pena, 2007: 23; Moratalla y Verdú, 2007: 341; Horn, 2011: 43-44; Sala y Verdú, 2014). Bien es cierto que responden a un tipo bien atestiguado en el Mediterráneo central, tanto en la parte púnica de Sicilia como en Cerdeña y en la propia Cartago, regiones en las que seguramente hubieron de originarse (Pena, 2007; Marín, 2004, 2007; Cherif, 2014), y desde las que se difundiría hacia la Península Ibérica a partir quizás del s. IV a. C. —y con más seguridad desde el III a. C.—; el tipo original sería adquirido y más tarde, seguramente, producido localmente —aunque sobre esto último Sala y Verdú (2014: 33) pedían recientemente prudencia—, sobre todo, no por casualidad, en las áreas en las que las estructuras culturales púnicas muestran una mayor influencia.

Ahora bien, una buena parte de los pebeteros empleados entre las comunidades iberas del sureste no tardaron en evidenciar unas características propias, distintas de sus prototipos centromediterráneos y de las de los ejemplares empleados por las gentes feniciopúnicas del sur peninsular, no evidentes a primera vista pero no por ello menos importantes. Así, en los ejemplares del ámbito ibérico pronto tienden a desaparecer los agujeros de ventilación en la cazoleta que favorecerían la ignición de las sustancias olorosas en el fondo de esta, e incluso en los pebeteros 'tipo Guardamar' desaparece la propia cazoleta, quedando reducido estructuralmente el pebetero a un cilindro hueco de terracota, en el que por tanto ya no es posible

quemar nada. De hecho, al contrario de lo que sucede en el Mediterráneo central (Cherif, 2014) y entre las comunidades propiamente púnicas de la Península Ibérica, los ejemplares 'ibéricos' rara vez muestran marcas de combustión (Pena, 1987: 350). Nada tienen que ver estos pebeteros del sureste, por poner un ejemplo, con el pebetero recientemente hallado en el Cortijo de la Negra (Puerto de Santa María, Cádiz), en el que pese a su tardía cronología —s. I d. C.— se constata que fue empleado efectivamente para quemar sustancias y que estaba consagrado a Tinnit (López Rosendo y Niveau de Villedary, 2014; Ferrer, 2014: 236-237). O con aquellos otros depositados en otro santuario costero, el Peñón de Salobreña (Granada), que igualmente evidenciaban huellas de combustión (Arteaga *et al.*, 2007: 249-250).

A diferencia de lo que sucedía en Cádiz o en Salobreña, en el SE los pebeteros eran fabricados y empleados por comunidades 'ibéricas', entendiéndose por tal comunidades locales híbridas cuyas estructuras culturales e ideológicas eran producto de siglos de contacto colonial entre diversas culturas, entre ellas la púnica, pero en las que el elemento punicizante desde luego nunca habría alcanzado tanta importancia como en ciertas regiones del SE peninsular.

Por consiguiente, y según se acepta hoy mayoritariamente, en el sureste —y en general en el mundo ibérico— estas terracotas no se empleaban como 'pebeteros' propiamente dichos, sino que seguramente se utilizaban simplemente como exvotos, esto es, como objetos de terracota que mostraban la representación de un rostro femenino, empleados únicamente para depositarlos en determinados lugares como ofrenda a una divinidad (Pena, 2007: 28-29; Horn, 2011: 51-53).

Se le estaba regalando a la divinidad, en definitiva, una imagen de sí misma. Un comportamiento, por cierto, de implicaciones bastante distintas del que observamos en otras áreas sacras ibéricas como el Cerro de los Santos o los santuarios de Despeñaperros, en los que en esta misma época los exvotos no muestran generalmente la imagen de la divinidad, sino la de los devotos que los depositaron, que de esta manera se hacen presentes en el santuario y negocian ante la divinidad su identidad social. Un comportamiento, el de ofrecer a la divinidad su propia imagen, que sí encontramos documentado en ciertas terracotas de La Serreta, aunque en este caso también la mayor parte de los exvotos representara

a los propios devotos. En nuestros santuarios costeros, por el contrario, los exvotos presentados son mucho más homogéneos, mucho más seriados, y se refieren únicamente a la divinidad que recibe la ofrenda y no tanto al oferente, de modo que la identidad de este seguramente se confundiría con la del resto de la comunidad en cuanto el objeto hubiera sido depositado.

Se le estaba regalando a la divinidad, decía, una imagen de sí misma. Creo que en este punto merece la pena destacar, aunque se trate de un ejemplo relativamente aislado, la única pieza de cerámica figurada antropomorfa hallada en La Malladeta, cuyo estilo permite datarla en el s. II a. C.: me estoy refiriendo a un galbo triangular de apenas dos centímetros de largo (Espinosa y Marcos, 2014: 136, n.º 20) en el que lo que aparece representado es, no por casualidad, un rostro femenino frontal. El empleo de la cerámica con decoración figurada en los santuarios es bastante excepcional, pues su uso suele circunscribirse a los entornos urbanos y necropolíticos, y en concreto a las viviendas y tumbas de las elites aristocráticas de cada comunidad y a los santuarios urbanos directamente ligados a aquellas; de ahí que la aparición de este único fragmento en La Malladeta pueda considerarse significativo. Pero la circunstancia podría pasar por una casualidad si no fuera por el hecho de que la aparición de fragmentos recortados en los que se muestra un rostro o un individuo se tornan recurrentes en esta época en los yacimientos ibéricos del sureste, e incluso ya en el s. IV a. C. encontramos un pequeño cargamento de ello en el pecio de El Sec (Olmos, 1999: 434). En el santuario de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia), sin ir más lejos, junto a los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina, encontramos amortizados varios fragmentos recortados con rostros femeninos (Brotons, 2007: 328), y en la propia Alcudia de Elche tenemos documentado precisamente el rostro de uno de estos pebeteros perfectamente recortado (Ramos, 1991-1992: 87-88). Entre los fragmentos de pebeteros del Castillo de Guardamar, varios de ellos conservan únicamente el rostro de la diosa (*cf.* Abad, 2010: figs. 6, 7, 9, 14), y especialmente en uno de los casos la pieza parece recortada *ex profeso* (*cf.* Abad, 2010: fig. 8). Los ejemplos de terracotas recortadas acompañando a pebeteros más completos son igualmente

significativos en el santuario de Coimbra del Barranco Ancho, donde además se documentan mascaritas de oro y plata (García Cano *et al.*, 1997). La aparición de este galbo en La Malladeta estaría, pues, en mi opinión, cargada de intención, y comportaría un significado no muy alejado del depósito de pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina que sería más habitual entre los fieles.

En definitiva, es debido a la transformación material que se opera en los pebeteros, que implica un cambio de uso y, por consiguiente, una variación en su concepción, por lo que planteo la consideración de estas piezas como producciones culturales híbridas, y por tanto defino como híbrido el ritual en el que estas participarían y tendrían un papel protagonista. Al fin y al cabo, hablamos de la aprehensión por parte de los iberos de un lenguaje iconográfico alóctono, en el que resulta preponderante la imagen de una divinidad femenina ligada al mundo de lo vegetal, imagen que ellos podían entender muy bien. Se trata de una representación frontal de la deidad, como la que a partir del s. III y sobre todo en el II a. C. proliferará en el sureste ibérico, y sobre todo se trata de una imagen que parece brotar del suelo, que enraíza en este y asciende en súbita epifanía ctónica, enlazando así con el concepto de ánodos que tan presente está en la decoración vascular ibérica del círculo ilicitano (Olmos, 2007). En consecuencia, y a causa del prolongado y sistemático contacto que se produce en el sureste peninsular con las poblaciones cartaginesas, propongo que los iberos importaron la imagen de los pebeteros de terracota, pero no su utilidad, que quizás resultara ajena a sus prácticas rituales más habituales; y de hecho incorporaron este tipo de objetos figurativos a la práctica performativa ibérica por excelencia de cuantas tenemos documentadas en los santuarios, la deposición de ofrendas.

Seguramente fue este carácter híbrido el que facilitó la pervivencia, y quizás incluso el auge, del ritual y de algunos de los santuarios en los que se practicaba más allá de la conquista romana. El empleo de estos pebeteros se había integrado perfectamente en los usos rituales ibéricos, y sería percibido por los romanos, como lo sería por las propias comunidades ibéricas, como pertenecientes a una cultura local propia. Fenómeno análogo al que de hecho había tenido lugar entre las comunidades sardas, tal y como P. Van Dommelen (2007) ha estudiado pormenorizadamente.

4. Conclusiones

A lo largo de estas páginas, se ha comparado la ubicación –en el entorno y respecto a la estructura del poblamiento– y el registro material de tres santuarios parcialmente contemporáneos situados en la costa de la actual provincia alicantina, a saber, el Castillo de Guardamar, La Malladeta y el Tossal de la Cala, entendiéndose que las analogías entre ellos pueden ayudarnos en su interpretación, dificultada por las mermas irreparables acaecidas en el registro de los tres enclaves debido a su reutilización antigua o moderna.

En los tres casos nos hemos encontrado con áreas sacras suburbanas, esto es, externas a las murallas del asentamiento y situadas controlando visualmente su entorno productivo inmediato.

A estos lugares peregrinaría periódicamente, quizás con ocasión de determinadas fiestas anuales, una parte de la comunidad, con objeto de depositar una serie de pequeñas ofrendas sobre el propio terreno del santuario al aire libre y quizás también de celebrar comidas o libaciones. El carácter ‘abierto’ que implica la peregrinación y la posterior deposición de ofrendas al aire libre, la relativa ‘modestia’ de estas –pues no hablamos, al fin y al cabo, de esculturas o cuidados bronce ni tampoco de ricas cráteras, sino de terracotas seriadas y de vasos y platos, si bien algunos de ellos importados– y la no aparición de exvotos inusualmente ricos ni de la efigie de los aristócratas que los llevaron a cabo nos están hablando, preferentemente, de un tipo de culto centrífugo en el que se privilegia la cohesión de la comunidad y su reivindicación de un pequeño territorio, contribuyendo así estas cortas peregrinaciones periódicas a reforzar una identidad grupal a través del culto. Ello no significa que este tipo de cultos acabara con las desigualdades sociales que operaban en estas comunidades, sino que las enmascaraban al suavizarlas periódicamente de manera ritual, contribuyendo de esta manera a su perpetuación.

No se pierda de vista, además, que ya desde hace un par de décadas se viene subrayando el papel de los santuarios ibéricos costeros en tanto que hitos visuales de referencia para la navegación y nodos de contacto entre los comerciantes alóctonos y las comunidades locales (Aranegui, 1994). Aspecto este cuya importancia se tornaría aún más acuciante en

el período de negociación política e identitaria y de grandes transformaciones económicas que supuso la provincialización del sureste ibérico.

De hecho, para estos cultos se emplearon con profusión un tipo de piezas sobre las que se ha discutido mucho en las últimas décadas: los pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina. Dado el origen de este tipo de artefactos en el Mediterráneo central, una parte de la historiografía ha considerado estos pebeteros como prueba inequívoca de la presencia cartaginesa en el sureste, o bien de la importación por parte de los iberos de cultos y deidades púnicos. No obstante, prefiero considerar tanto a estos artefactos como a los rituales en los que los mismos tomaron parte como construcciones culturales híbridas, surgidas a raíz del estrecho y prolongado contacto cultural entre ambas sociedades, pero que responden en realidad a la conjugación y reinterpretación de determinados rasgos culturales de ambas procedencias, dando lugar a un tipo de objetos y de rituales estrictamente nuevos que resolvían las nuevas necesidades coyunturales experimentadas por una colectividad en un momento dado.

Resta tan solo, para terminar, preguntarnos si existirían en la costa contestana o en su retroterra inmediata otros santuarios como los que aquí han sido objeto de este breve estudio. Y seguramente así sería, pues todo parece apuntar a que, tras la provincialización del sureste ibérico, todo el poblamiento costero experimentó una cierta revitalización, proliferando y floreciendo el rosario de pequeños puertos existentes a lo largo del litoral. La presión urbanística a la que esta región se ha visto sometida en las últimas décadas, no obstante, posiblemente haya destruido o enmascarado buena parte del registro arqueológico del que habríamos de servirnos para documentar su existencia. Este podría ser el caso, por ejemplo, del yacimiento del Cap Negret (Altea, Alicante), un posible asentamiento amurallado situado en un promontorio costero de 15 mns m que goza de una gran visibilidad del litoral costero, datable entre los ss. IV y I a. C. –aunque con el consabido auge entre los ss. II y I a. C.– (Sala, Bayo y Moratalla, 2013: 194-195), y en relación con el cual se conocen, procedentes de antiguas rebuscas mal ubicadas en las inmediaciones del lugar, toda una serie de pebeteros de terracota con forma de cabeza femenina, además de otros restos culturales de época iberorromana o altoimperial (Martínez, 1943).

Bibliografía

- ABAD, L. (1986): "Castillo de Guardamar". En *Arqueología en Alicante (1976-1986)*. Alicante: Diput. Provincial, pp. 151-152.
- ABAD, L. (1992): "Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar". En *Estudios de arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Valencia: Diput. Provincial, pp. 225-238.
- ABAD, L. (2010): "Terracotas ibéricas del Castillo de Guardamar". En *Guardamar del Segura. Arqueología y Museo*. Alicante: MARQ, pp. 122-133.
- ABAD, L. y SALA, F. (2001): *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuela*. Madrid: RAH.
- ARANEGUI, C. (1994): "Iberia sacra loca. Entre el cabo de la Nao, Cartagena y el Cerro de los Santos", *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, pp. 115-138.
- ARANEGUI, C. (2010): "Ocupación económica, ritual y estratégica del litoral valenciano", *Mainake*, xxxii (2), pp. 689-704.
- ARTEAGA, O.; BLECH, M. y ROOS, A. M. (2007): "Las terracotas del Peñón de Salobreña (Granada). Contexto arqueológico y trascendencia histórica del santuario púnico-romano". En MARÍN, M. C. y HORN, F. (eds.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 219-256.
- BAYO, S. (2010): *El yacimiento ibérico de "El Tossal de la Cala". Nuevo estudio de los materiales depositados en el MARQ correspondientes a las excavaciones de José Belda y Miquel Tàrradell*. Alicante: MARQ.
- BELDA, J. (1945): "Un busto de Tanit báquica de Benidorm", *Boletín Arqueológico del Sudeste Español*, II, pp. 216-217.
- BELDA, J. (1950): "Museo arqueológico provincial de Alicante. Nuevos ingresos", *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, XI, pp. 79-105.
- BROTONS, F. (2007): "Las terracotas en forma de cabeza femenina del santuario ibero-romano de La Encarnación (Caravaca de la Cruz, Murcia)". En MARÍN, M. C. y HORN, F. (eds.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 313-338.
- CHAPA, T. (1985): *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- CHAPA, T. (1990): "Algunas consideraciones sobre el estudio de los santuarios ibéricos", *Zephyrus*, XLIII, pp. 249-251.
- CHAPA, T. y MARTÍNEZ NAVARRETE, M. I. (1990): "Valoración general de las excavaciones desarrolladas en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)". En *Homenaje a Jerónimo Molina García*. Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, pp. 103-111.
- CHERIF, Z. (2014): "Les brûlé-parfums carthaginois et leur originalité". En MARÍN, M. C. y JIMÉNEZ, A. M. (coords.): *Imagen y culto en la Iberia Prerromana II: nuevas lecturas sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 115-125.
- COLEMAN, S. y EADE, J. (2004): *Reframing pilgrimage: cultures in motion*. London: Routledge.
- COLEMAN, S. y ELSNER, J. (1995): "Landscapes reviewed". En *Pilgrimage. Past and present in the world religions*. London: HUP, pp. 196-220.
- EADE, J. y SALLNOW, M. J. (1991): "Introduction". En *Con-testing the sacred. The anthropology of Christian pilgrimage*. Londres: Routledge, pp. 1-30.
- ESPINOSA, A. y MARCOS, A. (2014): "Los materiales muebles". En ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A. y MORATALLA, J. (coords.): *Villajoyosa antique*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 108-155.
- ESPINOSA, A.; MORATALLA, J. y ROUILLARD, P. (2014): "Quel sanctuaire à La Malladeta, Villajoyosa (Alicante) ?". En TORTOSA, T. (ed.): *Diálogo de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s. III a.C.-s. I d.C.)*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 72. Madrid: CSIC, pp. 55-61.
- ESPINOSA, A.; RUIZ, A. y MARCOS, D. (2005): "Nuevas aportaciones al conocimiento de la Vila Joiosa en época ibérica". En ABAD, L. y GRAU, I. (eds.): *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Alicante: Univ. Alicante, pp. 179-196.
- ESPINOSA, A.; SÁEZ, F. y CASTILLO, R. (2003): "Puertos y navegación", *Canelobre*, XLVIII, pp. 161-181.
- FERRER, C. (2003): "Aproximación geoarqueológica a algunos asentamientos históricos del litoral meridional valenciano (s. IV a.C.-s. XII d.C.)". En PASCUAL, G. y PÉREZ BALLESTER, J. (eds.): *Puertos fluviales antiguos: ciudad, desarrollo e infraestructuras*. Valencia: Univ. València, pp. 99-113.
- FERRER, E. (2014): "Ruptura y continuidad en las manifestaciones religiosas púnicas de Iberia (siglos III-I a.C.)". En TORTOSA, T. (ed.): *Diálogo de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s. III a.C.-s. I d.C.)*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 72. Madrid: CSIC, pp. 219-250.
- FRÍAS, C. (2010): *El poblamiento rural de Dianium, Lucentum, Ilici y la ciudad romana de la Vila Joiosa (siglos II a.C.-VII d.C.). Bases para su estudio*. Alicante: Univ. Alicante.
- GARCÍA CANO, J. M.; HERNÁNDEZ CARRIÓN, E.; INIESTA, A. y PAGE, V. (1997): "El santuario de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) a la luz de los nuevos hallazgos", *QPAC*, XVIII, pp. 239-256.
- GARCÍA HERNÁNDEZ, F. (1986): *El yacimiento ibérico del Tossal de la Cala (Benidorm). Los materiales depositados en el Museo Arqueológico Provincial de Alicante*. Alicante: Univ. Alicante.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1992-1993): "El Castillo de Guardamar. Nuevos datos sobre el poblamiento ibérico en la desembocadura del río Segura", *Alebus*, II-III, pp. 67-96.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A. (1995): "Avance sobre las excavaciones en yacimientos con fases del Hierro Antiguo en

- el tramo final del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)". En *XXII CAN*. Vigo: Xunta de Galicia, vol. 2, pp. 225-229.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1982): "Las puntas de flecha con arpón de la Sierra de Crevillente (De Protohistoria Alicantina, 1)", *Ampurias*, XLIV, pp. 257-261.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (2002): "Los fenicios en la fachada oriental hispana". En COSTA, B. y FERNÁNDEZ, J. H. (eds.): *La colonización fenicia de Occidente. Estado de la investigación en los inicios del siglo XXI*. Ibiza: Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, pp. 127-143.
- GRAU, I. (2010): "Escalas y dinámicas poblacionales de los paisajes urbanos del área sudoriental de Iberia", *Arqueología Espacial*, XXVIII, pp. 227-243.
- GUTIÉRREZ LLORET, S.; MORET, P.; ROUILLARD, P.; SILLIÈRES, P. y ECHALLIER, J. C. (1998-1999): "Le peuplement du Bas Segura de la Protohistoire au Moyen Âge", *Lucentum*, XVII-XVIII, pp. 25-74.
- HORN, F. (2011): *Ibères, grecs et puniques en Extreme Occident. Les terres cuites de l'espace ibérique du VIIIe au IIe siècle av. J.-C.* Madrid: Casa de Velázquez.
- HORN, F. y MORATALLA, J. (1983): "Relectura del *Ravennate*: dos calzadas, una mansión inexistente y otros datos de la geografía antigua del País Valenciano", *Lucentum*, II, pp. 225-242.
- HORN, F. y MORATALLA, J. (2014): "Les terres cuites". En ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A. y MORATALLA, J. (coords.): *Villajoyosa antique*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 156-171.
- LLOBREGAT, E. A. (1972): *Contestania ibérica*. Alicante: Univ. Alicante.
- LÓPEZ BERTRÁN, M. (2011): "Practical Movements: Kinetic Rituals in the Ancient Western Mediterranean", *Journal of Mediterranean Archaeology*, XXIV (1), pp. 85-109. <http://dx.doi.org/10.1558/jmea.v24i1.85>
- LÓPEZ ROSENDO, E. y NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. (2014): "Acerca de un pebetero indígena del Cortijo de La Negra (El Puerto de Santa María, Cádiz)". En MARÍN, M. C. y JIMÉNEZ, A. M. (coords.): *Imagen y culto en la Iberia Prerromana II: nuevas lecturas sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 173-196.
- MARGRY, P. J. (2008): "Secular Pilgrimage: a contradiction in terms?". En *Shrines and Pilgrimage in the Modern World. New itineraries into the sacred*. Amsterdam: Amsterdam University Press, pp. 13-47. <http://dx.doi.org/10.5117/9789089640116>
- MARGRY, P. J. (2014): "Whiskey and pilgrimage: creating up commonalities", *Tourism Recreation Research*, XXXIX (2), pp. 243-247.
- MARÍN, M. C. (2004): "Observaciones en torno a los pebeteros en forma de cabeza femenina". En MATILLA, G.; EGEA, A. y GONZÁLEZ BLANCO, A. (eds.): *El mundo púnico. Religión, antropología y cultura material*. Murcia: Univ. Murcia, pp. 319-335
- MARÍN, M. C. (2007): "Notas sobre los pebeteros de Sicilia". En MARÍN, M. C. y HORN, F. (eds.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 75-83.
- MARTÍNEZ MARTÍNEZ, F. (1943): "Antigüedades de Altea. Capnegret", *Saitabi*, IV, pp. 22-26.
- MORATALLA, J. (2005): "El territorio meridional de la Contestania". En ABAD, L. (ed.): *La Contestania Ibérica, treinta años después*. Alicante: Universidad de Alicante, pp. 91-117.
- MORATALLA, J. (2014): "Estratigrafía de cada uno de los sectores". En ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A. y MORATALLA, J. (coords.): *Villajoyosa antique*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 49-93.
- MORATALLA, J. y VERDÚ, E. (2007): "Pebeteros con forma de cabeza femenina de la Contestania ibérica". En MARÍN, M. C. y HORN, F. (eds.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 339-366.
- MORINIS, A. (1992): *Sacred journeys: the anthropology of pilgrimage*. Westport: Greenwood.
- NIVEAU DE VILLEDARY, A. M. y MARTELO, M. A. (2014): "Puntualizaciones sobre los 'pebeteros en forma de cabeza femenina' tardopúnicos. A propósito de un hallazgo reciente". En MARÍN, M. C. y JIMÉNEZ, A. M. (coords.): *Imagen y culto en la Iberia Prerromana II: nuevas lecturas sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 155-171.
- OLCINA, M. H. (2010): "La época romana". En *Guardamar del Segura. Arqueología y Museo*. Alicante: MARQ.
- OLMOS, R. (1999): "Usos y transformaciones de la cerámica griega entre los iberos: los siglos V y IV a. C.". En VILLANUEVA, M. C.; LISSARRAGUE, F.; ROUILLARD, P. y ROUVRET, A. (coords.): *Céramique et peinture grecques. Modes d'emploi*. París: La documentation française, pp. 425-438.
- OLMOS, R. (2007): "El lenguaje de la diosa de los pebeteros: signo icónico y función narrativa en dos tumbas de La Albufereta (Alicante)". En MARÍN, M. C. y HORN, F. (eds.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 367-389.
- PENA, M. J. (1987): "Los 'thymiateria' en forma de cabeza femenina hallados en el NE de la Península Ibérica", *Revue des Études Anciennes*, LXXXIX (3-4), pp. 349-358.
- PENA, M. J. (2007): "Reflexiones sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina". En MARÍN, M. C. y HORN, F. (eds.): *Imagen y culto en la Iberia prerromana: los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 17-40.
- PRADOS, F. (2014): "Una arquitectura ibérica para la memoria. Creaciones simbólicas de una *koiné* imaginada". En TORTOSA, T. (ed.): *Diálogo de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (s. III a. C.-s. I d. C.)*. Anejos Archivo Español de Arqueología, 72. Madrid: CSIC, pp. 85-100.

- PRADOS, L. (1994): "Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto", *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1), pp. 127-140.
<http://dx.doi.org/10.3989/tp.1994.v51.i1.470>
- PRADOS, L. (2014a): "La participación de la comunidad. Las unidades domésticas y los individuos en los rituales de los santuarios de la cultura ibérica". En TORTOSA, T. (ed.): *Diálogo de identidades. Bajo el prisma de las manifestaciones religiosas en el ámbito mediterráneo (ss. III a. C.-s. I d. C.)*. Anejos de Archivo Español de Arqueología, 72. Madrid: CSIC, pp. 123-133.
- PRADOS, L. (2014b): "Las representaciones de grupos familiares en los santuarios de la cultura ibérica". En BÁDENAS, P.; CABRERA, P.; MORENO, M.; RUIZ, A.; SÁNCHEZ, C. y TORTOSA, T. (eds.): *Homenaje a Ricardo Olmos. Per speculum in aenigmate. Miradas sobre la Antigüedad*. Anejos de *Erytheia*, Estudios y textos, 7. Madrid, pp. 400-405.
- RAMOS, R. (1991-1992): "Los templos ibéricos de La Alcudia de Elche", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, VII-VIII, pp. 87-95.
- ROBERT, S. y COSTA, L. (2014): "Analyse des réseaux géographiques du Término de Villajoyosa". En ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A. y MORATALLA, J. (coords.): *Villajoyosa antique*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 7-42.
- ROSSER, P. y ORTEGA, J. R. (2008): "El yacimiento del Tossal de les Basses (Albufereta, Alicante) y el hallazgo de una terracota de barco". En ESQUEMBRE, M. A. y ORTEGA, J. R. (coords.): *Surcando el tiempo. Un barco de terracota de época ibérica (Tossal de les Basses, Alicante)*. Alicante: MARQ, pp. 13-35.
- ROUILLARD, P. (2014a): "Le programme de fouille". En ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A. y MORATALLA, J. (coords.): *Villajoyosa antique*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 43-46.
- ROUILLARD, P. (2014b): "Conclusion générale". En ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A. y MORATALLA, J. (coords.): *Villajoyosa antique*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 175-180.
- ROUILLARD, P. y COSTA, L. (2014): "Architecture et urbanisme". En ROUILLARD, P.; ESPINOSA, A. y MORATALLA, J. (coords.): *Villajoyosa antique*. Madrid: Casa de Velázquez, pp. 94-106.
- ROUILLARD, P.; MORATALLA, J. y ESPINOSA, A. (2011): "El Tossal de la Malladeta. Las excavaciones hispano-francesas (2005-2011)". En *La Vila Joiosa. Arqueologia i Museu*. Alicante: MARQ, pp. 118-131.
- SALA, F. (2012a): "El litoral de la Contestania ibérica ante la conquista romana: una cuestión de confines en el sureste de Hispania". En PRADOS, F.; BERNARD, G. y GARCÍA, I. (eds.): *Confines. El extremo del mundo durante la Antigüedad*. Alicante: Univ. Alicante, pp. 213-226.
- SALA, F. (2012b): "Los espacios periurbanos en el área ibérica contestana: novedades y algunas reflexiones históricas". En BELARTE, M. C. y PLANA, R. (eds.): *El paisatge periurbà a la Mediterrània occidental durant la protohistòria i l'antiguitat*. Tarragona: ICAC, pp. 199-214.
- SALA, F.; BAYO, S. y MORATALLA, J. (2013): "Dianium, Sertorio y los piratas cilicios. Conquista y romanización de la Contestania ibérica". En ÁLVAREZ-OSSORIO, A.; FERRER, E. y GARCÍA VARGAS, E. (coords.): *Piratería y seguridad marítima en el Mediterráneo Antiguo*. Sevilla: Univ. Sevilla, pp. 187-209.
- SALA, F. y MORATALLA, J. (eds.) (2014): *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*. Alicante: Univ. Alicante.
- SALA, F. y VERDÚ, E. (2014): "Pebeteros en forma de cabeza femenina en la Contestania. Estado de la cuestión y perspectivas de estudio". En MARÍN, M. C. y JIMÉNEZ, A. M. (coords.): *Imagen y culto en la Iberia Prerromana II: nuevas lecturas sobre los pebeteros en forma de cabeza femenina*. Sevilla: Secretariado de Publicaciones, pp. 19-34.
- TARRADELL, M. (1985): "El poblal ibèric del Tossal de la Cala de Benidorm. Notes d'excavació", *Fonaments*, v, pp. 113-127.
- TURNER, V. W. y TURNER, E. (1978): *Image and Pilgrimage in Christian Culture: Anthropological Perspectives*. New York: CUP.
- VAN DOMMELEN, P. (2007): "Beyond resistance: Roman power and local traditions in Punic Sardinia". En VAN DOMMELEN, P. y TERRENATO, T. (eds.): *Articulating local cultures: power and identity under the expanding Roman Republic*. *JRA* Supp. Ser. 63, London: Univ. London, pp. 55-69.